

ESCUCHANDO Y APRENDIENDO: UNA ENTREVISTA CON EL ALCALDE DE UN TUGURIO PERUANO



Fotos: W. Ruiz

WILSON RUIZ

Michel Azcueta, alcalde del distrito de *Villa El Salvador* — a 10 kilómetros de la plaza principal de Lima — llega a la oficina municipal y recibe el saludo cariñoso de docenas de mujeres. El estrecha la mano de tantas como puede y parece conocer a todas por su nombre. De paso a la oficina, se detiene para hablar con una mujer desdentada que trae dos niños de la mano. “La crisis económica aquí en Perú ha afectado principalmente

a los pobres”, dice.

Una de las trabajadoras sociales de la municipalidad, Rosaria Ledesma, toma al alcalde por el brazo y lo lleva a una reunión improvisada con un grupo de estudiantes de trabajo social de la Universidad de San Carlos, Lima, que visita la villa. Las mujeres mayores dicen que es importante esperar a Michel y siguen charlando. Son las socias de una cooperativa de producción de quesos establecida por Azcueta en 1984, cuando fue elegido alcalde por primera vez.

Nacido en Madrid, España, Azcueta llegó al Perú en 1965 para estudiar en la Universidad Católica en Lima. En mayo de 1971, el año en que se graduó como profesor de secundaria, un grupo de familias que quedaron sin hogar a causa de un terremoto, invadieron un terreno del estado en Pamplona, un distrito obrero no muy lejos del centro de Lima, e invocaron “el derecho humano a un techo”. Luego de que hubo varios heridos y un muerto por la policía que trataba de sacarlos, el gobierno les garantizó a los invasores de Pamplona derechos de propiedad sobre 12 kilómetros de tierra desértica en las áridas faldas de los Andes que rodean a Lima.

Más de 500 familias tomaron posesión de la tierra y llamaron su nuevo asentamiento *Villa El Salvador*. A finales del mes, unas 90 000 personas se habían asentado en el nuevo tugurio. Era la mayor movilización urbana en la historia del Perú.

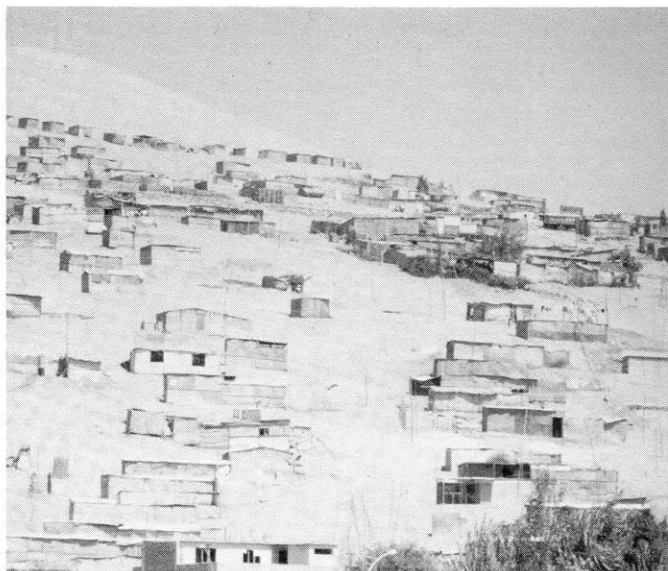
Un mes más tarde, Michel Azcueta y otros 15 profesores recién graduados en la Universidad Católica, llegaron a *Villa El Salvador* para poner en práctica un plan educativo revolucionario. “Nuestro objetivo era adaptar el sistema educativo a la realidad social del Perú y abrir las escuelas a la comunidad”, señala Azcueta.

Su decisión de participar en este proyecto de reforma educativa se basaba en su creencia de que la educación es el agente más efectivo de desarrollo. En los pasados 17 años, Azcueta ha establecido personalmente 18 de las 34 escuelas construidas por la comunidad en *Villa El Salvador*. Hoy día, 80 000 estudiantes asisten a las escuelas del distrito y los preescolares pueden ir a cualquiera de los 150 jardines que también han sido establecidos mediante esfuerzos comunales.

Los resultados de este empuje educativo hablan por sí mismos. El analfabetismo ha sido prácticamente erradicado. *Villa El Salvador* tiene una tasa de analfabetismo del 2 por ciento, comparada con una tasa nacional del 27 por ciento. Más del 56 por ciento de sus residentes son bachilleres, mientras el promedio del Perú es de 8 por ciento.

“La obsesión de Michel con la educación

Izquierda, Michel Azcueta, alcalde de Villa El Salvador, con su estudiante, Jaime Seta, ahora edil municipal. Derecha, las casas recién levantadas invaden la arenosa duna como hongos silvestres.



ha sido el motor para el desarrollo de Villa El Salvador”, dice Jaime Seta, miembro del concejo municipal del distrito y antiguo alumno de Azcueta.

En la puerta del centro de comunicaciones del distrito, que él estableció en 1976, Azcueta se detiene, y cuando el director lo llama y le indica una silla al frente, dice que sólo vino a escuchar y no interviene ni una sola vez durante la reunión.

Nos explica que su papel es principalmente de apoyo. Cuando la moral es baja, él participa en las discusiones de docenas de grupos comunitarios de Villa El Salvador pero sólo para estimularlos. “Ustedes pueden contar conmigo siempre, pero el reto es para ustedes y para el futuro de sus hijos”, les dice a sus vecinos. Luego se sienta en el fondo de la habitación y escucha. Como alcalde, piensa, debe insistir en la participación, no en el paternalismo. El ve a los 350 000 residentes de su distrito como el elemento clave en cualquier proyecto de desarrollo. Ellos tienen la responsabilidad y finalmente el control.

La filosofía de desarrollo de Azcueta es el desarrollo de la gente, no de los edificios o las vías. El cree que el desarrollo no debe medirse por el número de edificios altos sino por el grado en que cada persona haya mejorado su nivel de vida.

En 1980, cuando todavía era profesor de geografía e historia del Centro Educativo Comunal, recibió una Beca Pearson del CIID para asistir a la Universidad de Montreal. En octubre de 1980 llegó a Canadá, y nueve meses más tarde completó una maestría en educación y comunicaciones, tarea que generalmente toma dos años. A pesar de las presiones permanentes de un estudiante de tiempo completo, Azcueta dedicó tantos días como pudo para viajar por Canadá y visitar los organismos oficiales, los centros de investigación y las universidades para enterarse de cómo manejaban los canadienses sus instituciones. “Esto definitivamente me ayudó a convertirme en un mejor planificador”, dice. Listo para aprovechar cualquier oportunidad que pueda beneficiar a su comunidad, él dice que su experiencia

en Canadá le permitió evaluar su trabajo en Villa El Salvador y mejorar sus capacidades organizativas.

A su regreso al Perú en junio de 1981, Azcueta propuso un ambicioso proyecto de creación de empleo al Concejo Municipal del Distrito (CUAVES). Pocas familias en Villa El Salvador tienen una fuente regular de ingreso. El distrito está lleno de historias de empleo intermitente y largos períodos de desempleo. Todo esto resultado de la recesión económica generada por la deuda externa de US\$13 000 millones del Perú, o la sencilla frialdad de una economía nacional cuya competitividad internacional depende de su habilidad para pagar salarios bajos e ignorar el beneficio de los trabajadores.

Siete años más tarde, el plan de creación de empleo de Azcueta es una realidad. El polvoriento pedazo de tierra, donde en 1985 el Papa Juan Pablo II pronunció su mensaje de esperanza a la juventud del más grande tugurio de América Latina, es ahora el sitio del parque industrial de Villa El Salvador. Con una financiación inicial de US\$400 000 asignados por el presidente Alan García, más de una docena de pequeños talleres ya ha comenzado producción. Una vez que se termine, el proyecto administrado por la comunidad espera crear 4000 empleos de tiempo completo y ocupar indirectamente más de 15 000 personas. Setecientos pequeños talleres, propiedad de la comunidad o de las cooperativas establecidas por los residentes, producirán gran variedad de artículos, incluyendo ropa de cuero, bolsas plásticas y juguetes. El ingreso derivado del impuesto del cinco por ciento aplicado a estos pequeños negocios será depositado en un Fondo de Desarrollo Comunal y usado para la construcción y mantenimiento de los servicios básicos del distrito.

“En Villa El Salvador estamos probando que la participación comunal es la clave para el desarrollo”, dice Azcueta. Y agrega que la cooperación y solidaridad son parte de la herencia indígena de los ciudadanos de Villa El Salvador. Aunque casi cinco siglos han transcurrido desde que los españoles conquistaron el Perú, Azcueta dice

que la población local todavía tiene la identidad étnica y la unidad que les permitió convertir, en sólo 17 años, un pedazo de desierto en la comunidad viviente que es Villa El Salvador.

De nuevo en el edificio de la municipal, las mujeres de la cooperativa de producción de queso salen de su reunión para hablar con Azcueta y darle informes detallados de su diaria lucha por sobrevivir. “Nuestra meta es trabajar juntos para mejorar nuestras vidas”, dice una mujer que se empuja para tratar de mirar a Azcueta directamente a los ojos.

El alcalde acompaña a las mujeres a la Plaza de la Solidaridad, y desde una pirámide construida para conmemorar la fundación de la Villa, observa el tugurio de 80 kilómetros que se trepa a las faldas de las montañas arenosas como un hongo silvestre. En la distancia, mezcladas con el polvo de las calles sin pavimentar, puede verse a las socias de la cooperativa de queso corriendo de regreso a casa. “Como alcalde, soy la figura de Villa El Salvador, pero en realidad soy sólo un residente más con las mismas obligaciones y derechos de todos”, dice Azcueta.

La diferencia entre el programa del alcalde Azcueta en Villa El Salvador y aquellos emprendidos en otras municipalidades peruanas es su énfasis en la consolidación de las organizaciones de origen comunitario. “Estimulamos a los líderes y a los residentes a asumir la responsabilidad de su propio desarrollo. Que la gente sea responsable de su propio destino es apenas moralmente correcto”, dice. La sugerencia de que este tipo de idealismo puede ser exagerado y que al enseñar a los pobres a hacerse cargo de sus propias vidas tal vez está cambiando el status quo, lo hace detenerse e inclinarse. Viendo jugar a los niños en la Plaza de la Solidaridad, él explica que no está cambiando la situación nacional, simplemente está sembrando las semillas de cambio en Villa El Salvador. ■

Wilson Ruiz es un escritor y locutor canadiense independiente con base en Lima, Perú. Se especializa en asuntos latinoamericanos.